

ADOLESCENCIA

A mi simpática prima, Enriqueta
Ocáriz, afectuosamente.

La gentil princesina de mi cuento
sencillísimo, ingenuo, de muñecas,
era una colegiala que con muecas
y lindas travesuras de convento,
a las dulces monjitas aturdió;
y a sus encantadoras compañeras
—capullitos de quince primaveras—
por su extravagancia divertía.

Con los ojos azules, de dulzón
mirar y la dorada cabellera
que adornaba su cara de angelón
esbelto precozmente, ¿quién dijera
que figura tan bella poseyera
un raro y caprichoso corazón?

Un día aconteció que un violinista
genial y de errabunda adolescencia,
hermoso y herbolario, hizo presencia
en aquellos contornos, como artista.

Y tocaba tén bien el instrumento
que la madre abadesa, complaciente,
al jardín le admitió frecuentemente,
de las niñas con gran contentamiento.

Allí su estradivarius prodigioso
al místico auditorio silencioso,
de emoción y ternura hizo temblar;
despertando en sus almas sensaciones
maravillosas, gratas ilusiones
y dulce anhelo de infinito amar...

Mariflor, la traviesa colegiala,
soñadora de hazañas de heroína,
le dijo a su entrañable amiga Tina
haciendo de valor sobrada gala:

Esta noche yo tengo en el jardín
una cita secreta con Eduardo;
A las doce, junto al estanque aguardo
oir su serenata de violín...

Y Tina al alba del siguiente día,
viendo de Mari la cama vacía,
a todas lo contó con alborozo
armando un regocijo en la colmena.
Hasta que..., Mariflor de gracia llena,
surgió... haciendo patente risa y gozo...

J. PRAT SARRIÉS

Julio de 1927.

COSQUILLAS

Permita, señor alcalde,
que la bilis del coplero
se vuelque en versos vulgares,
pues no sabe hacerlos buenos...
Y el que dona lo que tiene,
cumplido está. ¡Qué remedio !...

En los días que el trabajo
permítame ir de paseo,
suelo recorrer la villa
del uno hasta el otro extremo;
¿ en qué he de emplear las horas
si estoy muy mal de dinero?...
Mas, me lamento a las veces
de tener de sobra tiempo;
que si el paladar—¡ el pobre !—
atrofiadillo lo tengo
de usarlo de tarde en tarde,
en cambio, todo lo huelo
desde mil leguas cuadradas
igual que lo olierá un perro.
¡ Vaya unos lindos olores !
¡ Qué aromas los que olfateo !
¡ Desdichada pituitaria !
¡ Inquisitorial tormento !
Para eso tener narices ?

Váyanse estas a paseo,
o se tornen en atrofia
cuando hay que entrar en el pueblo
viniendo desde Pasajes
sin utilizar sendero...
¡ Qué charcos tan soberanos !
No existe un humano medio
de evitar esos olores,
que no son rosa ni almendro ?
No se pudiera, don Carlos,
por Santa Higiene, a lo menos,
con tierra, ladrillo o piedra
hacer que se seque aquello ?...

Tampoco el modesto Oyarzun
bien huele en algunos trechos,
ahora que el calor comienza
a matarnos con sus besos;
y lugares que frecuente,
fiel y asiduo, el forastero,
repelen desde mil leguas
como repele el infierno.
Con unas pocas pesetas,
y con voluntad primero,
puede ese estado de cosas
tener un pronto remedio.

Señor alcalde; en usía,
¿ hallarán mis quejas eco?

Y para final, don Carlos,
usted que siempre es tan bueno,
mande quitar esa fuente
de la Plaza de los Fueros,
que a la vez es urinario
y es al tiempo abrevadero.
¿ Es Rentería un villorrio
de las Hurdes o el desierto,
donde o la gente es menguada
de inteligencia o de cuerpo,
o donde no vive nadie
ni es fuerza tener concepto
de la virtud y el decoro,
la decencia y el aseo ?
Pues, escúcheme, don Carlos:
el citado «monumento»
tal como «luce» al presente,
ni honra da ni da provecho
al pueblo de Rentería,
y es forzoso demolerlo
por vergüenza y por decoro,
por decencia y por aseo...

LUB